

de la puerta por donde debia pasar. «Y bien, madre mia, »le dice, si soy tan débil y desgraciado que no puedo de- »teneros, al menos podrán decir que habeis pasado sobre »vuestro hijo.» Un espectáculo tan desgarrador la detuvo; titubea, sus lágrimas corren en abundancia, pero entonces tambien la gracia triunfa de la naturaleza, y pasa sobre el cuerpo de su amado hijo (1). A un eclesiástico que encontrándose presente habia exhalado un grito de admiracion: «No, no señor, le dijo, las lágrimas de un hijo no »quebrantarán la magnanimidad de la madre; pero os »agradezco hayais aprobado mi valor.» Habiéndose detenido algunos instantes para llorar, vió venir á ella á su padre, cuyo dolor iba á martirizarla todavía mas. La abrazó, la tuvo largo tiempo estrechada contra su corazon sin poder separarse de ella, y por último, despues de una larga conversacion, acompañada de muchas lágrimas por una y otra parte, se arroja á sus piés, le suplica la bendiga y tenga cuidado del hijo que le deja. Entonces este venerable anciano, levantando al cielo sus trémulas manos, con los ojos bañados en lágrimas: «¡Oh, Dios mio! dijo en alta »voz, no me toca á mí decir nada sobre lo que vuestra »Providencia ha determinado en sus eternos decretos; con »pleno consentimiento de mi corazon, consagro con mis »propias manos sobre el altar de vuestra voluntad á esta »hija única, tan amada para mí como lo era Isaac de vuestro siervo Abraham.» Luego le dió su bendicion, la levantó y la abrazó de nuevo. «Id pues, amada hija, le dijo, »á donde Dios os llama; moriré contento, aunque no vuelva á veros mas en este mundo, sabiendo que estais en la »casa del Señor; y confio en que con vuestras oraciones »sostendreis la ancianidad de vuestro padre, que os permite esta partida.—Sí, sin duda alguna, amado y buen »padre mio, contestó la Baronesa.—Pues bien, añadió el »presidente, detengamos uno y otro el curso de nuestras »lágrimas, aunque justas, para rendir este homenaje á la

(1) Memorias de la Madre Chaugy, p. 111.

»voluntad divina, y no dar á entender al mundo que vaci- »la nuestra constancia.» (1) Le entregó luego para el Obispo de Ginebra una carta, en la que no se sabe qué admirar mas, si la ternura del padre ó la fe del cristiano. «Mon- »señor, dice, este papel debia estar mas cubierto de lágrimas que de palabras, porque mi hija, en quien esperaba »encontrar el consuelo y apoyo de mi ancianidad, se va, y »me deja padre sin hijos. Sin embargo, me conformo con »el beneplácito divino, y puesto que quiere tener á mi »hija á su servicio en este mundo, para conducirla por ese »camino á la gloria eterna, prefiero seguir su voluntad, »con la tranquilidad de mi conciencia, á mis propias afec- »ciones.....» Portadora de estas bellas palabras, la santa viuda salió sola del gabinete de su padre, y atravesando la numerosa reunion de sus parientes, amigos y criados, que la esperaban todos deshechos en llanto, y dirigiéndose á ellos: «Perdonad mi debilidad, les dijo con un rostro »severo, dejo á mi padre y á mi hijo para siempre; pero »la fe debe consolarme, y en todas partes encontraré á »Dios.» Se puso al punto en camino, y así que pasó las puertas de la ciudad cantó, con la Señorita de Brechard que la acompañaba, los versos siguientes de los salmos de David: *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus. ¡Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini. Anima nostra sicut passer erepta est de laqueo venantium. Laqueus contritus est, et nos liberati sumus;* es decir: «Me »he estremecido de gozo cuando me han dicho estas palabras. Iremos á la casa del Señor. ¡Oh Dios de las virtudes, cuán amables son vuestros tabernáculos! Mi alma »suspira por los átrios del Señor: vednos aquí libertadas »como el pájaro que se escapa de las redes del cazador; »la red se ha roto y hemos quedado libres;» y varias veces repitió con alegría este último verso.

Durante el camino, en cualquier parte que las santas

(1) Carta CXCVIII.

viajeras se detuviesen para pasar la noche, iban á servir á los enfermos, en los hospitales ó en las casas; y por la mañana, antes de partir, volvian para hacerles las camas y encomendarse á sus oraciones. Siguieron así piadosamente su camino hasta cerca de Annecy. El Obispo de Ginebra, informado de su próxima llegada, salió á su encuentro á unos ocho kilómetros, acompañado de veinticinco personas de uno y otro sexo de las mas notables de la ciudad; y todo el pueblo las recibió con aplauso. La Baronesa de Chantal pasó toda la semana en Annecy, compartiendo su tiempo entre los ejercicios de piedad y las conferencias espirituales con el santo Obispo; y pasadas las fiestas de Pascua, fué á llevar á la Baronesa su hija al castillo de Thorens, donde permaneció seis semanas, para enseñarla á dirigir sus negocios y su casa, á poner orden en sus criados, y sobre todo, á rodearse de personas celosas, inteligentes y de toda confianza (1).

Volvió en seguida á Annecy para la fiesta de Pentecostés, época en que el santo Obispo tenia intencion de instalar su comunidad, «para que sus hijas, decia, encerradas como en un pequeño cenáculo, recibiesen el «Espíritu Santo, y fuesen embriagadas de esa gracia que «hace hablar un nuevo lenguaje y vivir una vida nueva.» Pero habiendo mudado de parecer y retirado su palabra la señora que se habia ofrecido á darles la casa llamada *la Galeria*, en el barrio de la Berriere, y que tenia intencion de unirse tambien á ella, la ereccion de la comunidad fué forzosamente retardada, y fué preciso que Francisco trasladara el mismo contrato á su nombre, experimentando un gran consuelo al terminar este convenio. «Estoy alegre, decia, porque he encontrado una colmena «para mis pobres abejas, un palomar para mis palomas.» Una vez tomada la casa, solo faltaba acomodarla á su nuevo destino; y bien pronto la hizo distribuir, dándola todas las dependencias necesarias para una comunidad.

(1) Memorias de la Madre Chaugy, p. 114.

Durante este tiempo, la Baronesa de Chantal, deseosa de imitar la pobreza de Jesucristo y de dar á su instituto un grande ejemplo de desinterés, ejecutó un acto que admiraron las personas piadosas y que censuró severamente el mundo. Contenta con una pension que le aseguraba su hermano el Arzobispo de Bourges, abandonó todos sus bienes, y aun su misma viudedad, á sus hijos. Esta medida, para los que juzgan humanamente las cosas, parecia poco prudente, habiendo podido ser la conservacion de su fortuna útil á la vez á sus hijos para mantenerlos en el respeto y en la obediencia, y á su comunidad para proveer á sus primeras necesidades. Pero el santo Obispo y la piadosa viuda tenian miras mas altas que las de la prudencia humana; querian confiar en Dios solo y abandonarse á su Providencia, y el éxito hizo ver claramente que Dios tiene cuidado de los que confian en él, y que sabe, cuando le agrada, enriquecer aun en este mundo á los que dejan todo por su amor.

El cielo pareció desde entonces recompensar su valor, por la completa victoria que le hizo alcanzar sobre una tentacion violenta que tuvo en esta época. Se le representó á su espíritu que habia sido de su parte una crueldad tan odiosa á Dios como á los hombres el haber abandonado á un padre tan anciano, á hijos que tenian necesidad de sus cuidados, y á tantas personas á las que era útil; y esta consideracion, que producía como consecuencia el pensamiento de dejar á un lado su proyecto de comunidad para volver á su familia, la tuvo durante tres horas enteras en la mas cruel angustia; vacilaba, no sabia que partido tomar, cuando, cayendo de rodillas, repitió tres veces: «*Deus, in adiutorium meum intende;* Dios mio, venid «en mi socorro, poned los ojos de vuestra misericordia sobre mi miseria;» y añadió luego estas sublimes palabras: «Me abandono, ¡oh Dios mio! á vuestra adorable providencia; no importa que mis padres, mis hijos y yo perezcamos si así lo habeis ordenado; mi único interés en «el tiempo y en la eternidad, es obedecer y servir á vues-

»tra incomparable majestad.» Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando recobró su primera tranquilidad, acompañada de una suavidad celestial tan perfecta, que no pudo dudar de que á Dios agradaba el designio que habia formado de dejarlo todo para seguirle á él solo (1).

El dia siguiente de esta ruda prueba, 6 de junio, fiesta á un tiempo de la Santísima Trinidad y de San Claudio, era el designado para la ceremonia de la fundacion del nuevo instituto. Este dia pareció á la piadosa Baronesa el mas hermoso de su vida.

Despues de haberse confesado con el santo Obispo y haber recibido la Comunion de su mano, visitó, en compañía de las señoritas Favre y Brechard, las iglesias de la ciudad, se despidió de sus conocidos, y por la tarde cerca de las siete, saliendo las tres de la casa del presidente Favre, donde vivian, fueron al palacio episcopal á pedir la bendicion del santo prelado, el cual, contemplando estas tres víctimas coronadas de gozo y alegría, «sois muy felices, les dijo, vosotras á quien el Señor os ha escogido: »tened un ánimo grande y humilde; Dios será vuestro »guía, y bajo sus divinos ojos marchareis victoriosas sobre las cabezas de vuestros enemigos.» Entregando luego á la Señora de Chantal un compendio de las Constituciones que habia compuesto para ellas, «seguid este camino, »les dijo, y hacedlo seguir á las que Dios ha destinado á »marchar sobre vuestras huellas.» Despues de esto, levantando los ojos al cielo, las bendijo: «En el nombre de »Dios todopoderoso, que las atraia; en el del Hijo, sabiduría eterna, que las dirigia; y en el del Espíritu Santo, »que las animaba con sus amorosas llamas.»

Partieron luego formando una especie de procesion; el baron de Thorens conducia á la Señora de Chantal, su suegra; Juan Francisco de Sales, á la señorita Favre, y Luis de Sales, á la señorita de Brechard. Todo el pueblo estaba en las calles esperándolas, y al verlas pasar, hacia

(1) Memorias de la Madre Chaugy, p. 116.

resonar el aire con alabanzas y bendiciones. Llegados á la casa que iba á ser la cuna de la órden de la Visitacion, se dirigieron primero á la capilla, y al entrar en ella la Señora de Chantal, prorumpió en esta exclamacion de felicidad: «Hé aquí, hermanas mias, el lugar de nuestras delicias y de nuestro descanso.» Allí, de rodillas, dieron gracias á Dios con el cántico tres veces repetido del *Gloria Patri*, y le pidieron el cumplimiento de su santísima voluntad en su empresa, con una perfecta caridad entre sí; luego la Señora de Chantal abrazó tiernamente á sus dos compañeras, y estas, reconociéndola por superiora, la prometieron obediencia como á Dios mismo, cuyo lugar ocupaba. La nueva superiora las leyó luego el reglamento de la casa, para que se observara inmediatamente con exactitud y amor; y como ya era tarde, hicieron su oracion, y fueron á dejar con alegría, para siempre, sus vestidos seculares y á descansar.

Nunca las dos compañeras de la señora de Chantal habian tenido un sueño tan dulce y tranquilo; no sucedió lo mismo á la superiora, que durmió poco, abismada como estaba en el doble sentimiento de la presencia de Dios y del reconocimiento que le debia. Al dia siguiente fue á despertar á sus dos compañeras, y las vistió el hábito del noviciado: Francisco fue á las ocho á celebrar la Misa, les hizo una exhortacion sobre la fidelidad en guardar las reglas de su nuevo estado (1); y así empezó esta bella órden, cuyo desarrollo veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

Desarrollo de la Orden de la Visitacion.

El noviciado de las primeras religiosas de la Visitacion fué todo lo que se podía esperar de las santas disposicio-

(1) Mem. de la Madre Chaugy, p. 121 y sig.